

Por eso, aunque la madre es tan hermosa,
Ve Julio que es la hija hasta divina,
Y, en consecuencia, á Rosa
Con Rosaura reemplaza,
Pegándose aquel hombre á aquella raza,
Como se pega el muérdago á la encina.

V.

Rosaura, hija de Rosa,
Como niña nacida entre las flores,
Ademas de ser bella, era graciosa,
Pues no sé en qué botánico he leído
Que una hermosa mujer, cuando ha nacido
En medio de un jardín, es más hermosa.
Morena verdadera,
¡Cuán morena sería,
Que bien seguro estoy que pasaría
Por morena en Jerez de la Frontera!
Pecando en esta bella criatura
(Si se peca por eso)
Por demasiada gracia su hermosura,
Produce la dulzura
De su voz musical tanto embeleso,
Que el que la oye suspira,
Y hermosa hasta el exceso,
En los labios de todo el que la mira
Casi se ve cómo palpita un beso.

VI.

Perdidas y enterradas
En Rosa sus primeras emociones,
En la jóven Rosaura recobradas
Volvió Julio á encontrar sus ilusiones.
Mas cuando Rosa vió que él tiernamente
A Rosaura miraba embelesado,
Casándola de pronto honradamente,
La eliminó con honra de su lado;
Y así fué la infeliz casada en frío
Con un jóven galán de mucho brío,
Que, como un lord, de sus haciendas vive,
Que aunque se llama Blas, es muy celoso,
Que toca, baila, canta y hasta escribe
Muy poco y mal como cualquier esposo;
Y con tal casamiento,
Rosa, aunque buena madre, amante artera,
Puso por el momento
Entre Julio y Rosaura una barrera.

VII.

De todos los encantos
Que Rosaura tenía
Era el mayor, aunque tenía tantos,
Que á través de sus ojos todavía
Sólo cruzaban pensamientos santos;
Y por eso, entregada
A nobles expansiones,

Aunque mujer casada,
Es una niña grande tan honrada,
Que no piensa en las malas intenciones;
Y de Julio Montero, que la amaba,
Ella el amor oía
Con un cierto candor que enamoraba,
Pues, casada de prisa, se creía
Libre en su amor, si en su deber esclava.

VIII.

Estando Julio de Rosaura al lado
En una noche, al acabarse el día,
Bajo el fresco rincón de un emparrado
Que entre la casa y en el jardín había,
Rosa, aunque enferma, alzándose del lecho,
Poniendo en no ser vista un gran cuidado,
Se arrastró del jardín hasta la puerta,
Y dejándola á oscuras y entreabierta,
Se puso á oír en alevoso acecho.

IX.

Y mientras Julio, que á Rosaura adora,
Con los ojos devora
Lo hermoso que nos causa calentura,
Muestra Rosaura, de abandono llena,
Aquel rostro en la flor de su hermosura,
Y ¡lo que es el amor! aunque es morena,
Salta de ella una especie de blancura.
¡Noche de amor en que el amor rebosa,

En la cual las ideas son pasiones,
En que ostentan las flores sus botones
Con toda su turgencia misteriosa!
¡Noche clara, lo mismo que la aurora,
En la que en sombras, en rumor y flores,
Y en cánticos de amor de ruiseñores,
Se agota todo un Mayo en una hora!
Y cuando así los dos gozan unidos
De una dicha sensual y candorosa,
Encienden el ardor de sus sentidos
Los magnéticos ruidos
Que, electrizando la campiña toda,
En blando movimiento,
Pasando por los nidos,
Los va arrastrando y dispersando el viento,
¡Cantor eterno de la eterna boda!

X.

Entre la sombra de la noche aquella
En que ambos frente á frente se miraron,
Y sus almas los dos se derramaron,
Ella en el pecho de él, y él en el de ella,
Se dijeron amores
Como se abren las flores,
Como un ave es cantora,
Como lo quiere, cuando se ama, el cielo,
Como en todo lugar y á cualquier hora
Alegre y bullidora
Coge el placer la juventud al vuelo;
Mientras Rosa, escondida y desalada,

Oia cada frase
Cual si sintiese el frio de una espada
Que su pecho á traicion atravesase.

XI.

Como hace amar á prisa, muy á prisa,
El ardor que circula por las venas,
Cuando se aspira una templada brisa
Que es en lo dulce un céfiro de Aténas,
Julio ciego y Rosaura placentera,
Bajan enamorados
La pendiente hechicera,
Por la cual nos empuja arrebatados
La noche, nuestro amor, la primavera.....
¡Aquel dosel tan bello
Que forma lo gentil del emparrado!.....
¡La bruma de un lugar poco alumbrado!.....
¡Lo oscuro y lo nupcial de todo aquello!.....
¡Allá suspiros, ramas y dulzura,
Y acá fe y esperanza!.....
¡A una parte deseos y ternura,
Por otro lado el ódio y la venganza;
Y aquí y allí los débiles quejidos
Que murmuran los pájaros dormidos!.....
¡Oh, imágen de la vida,
La dicha siempre á la desdicha unida!.....
¡Vértigo que formaron combinados,
La tierra, los abismos y los cielos,
Eternos remolinos encontrados,
Bien y mal, luz y sombra, amor y celos!.....

XII.

Viendo Rosa llegar el gran instante
En que á su fin camina
La audacia habitual de todo amante
Que conoce la ciencia femenina,
A un ruido de suspiros que hizo el viento,
Como el vago rumor de una arboleda,
Exhaló un rudo acento
Cual si en aquel momento
Se hallase en el suplicio de la rueda;
Y cuando Rosa con furor repara
Que ya llega el instante de la hora
En que se hunde aquel puente que separa
A Eva inocente de Eva pecadora,
Al pié de la vidriera
De la puerta que daba á la terraza
Mira más..... mira más..... se desespera,
Y cae desmayada, cual si fuera
Una estatua que el rayo despedaza.

XIII.

Cuando Rosa caia sin sentido,
Cual si hubiese sufrido
Un fuerte martillazo en la cabeza,
Rosaura ante la carne, con nobleza
Casta, retrocedia,
Pues cuando ya perdía
Su corazon la calma

De un modo que no sé cómo aquel día,
Sin saber lo que hacia,
No añadió el dón del cuerpo al dón del alma,
Al corazón venció con su cabeza,
Pues, aún envuelta en fuego,
Sabía con certeza
Que el mismo Dios vuelve la vista á un ciego,
Pero no vuelve á un alma la pureza.
Y siempre decidida
A hacer guardar del deshonor su vida,
Y sabiendo además que es más seguro
Que arrostrar las pasiones
Poner en ocasiones
Entre el deber y el corazón un muro,
Se lanzó hácia la estancia,
Santuario de los juegos de su infancia.
Del jardín á la puerta se avecina,
Y, viendo que no cede, empuja airada,
Y encendida, jadeante, fatigada,
Pisa un bulto, se inclina,
Vuelve á erguirse, y camina
Como si el bulto aquel no fuese nada;
Y la enferma, que á su hija huyendo mira,
Siente, al verse pisada,
Unas ráfagas de ira
De toda madre al corazón extrañas;
Y, más rival que madre, entonces Rosa
Al tocarla aquel pié, sintió celosa
El demonio del odio en sus entrañas.

XIV.

Cuando ve Julio que Rosaura, huyendo
Del fuego que la abrasa,
Corre ciega, y corriendo
Sobre su madre moribunda pasa,
Al umbral de la puerta,
De sorpresa y terror petrificado,
«¡Rosa!», exclama espantado.
Mas Rosa, medio muerta,
La cabeza, que á intervalos levanta,
Como cortada con un hacha gira;
Va á contestar, pero su angustia es tanta,
Que entre sus labios la respuesta espira;
Vuelve á querer hablar y se atraganta;
Y al fin, más que decirlo, así suspira:
«Me asesinaste, adios; duerme si.....» Muere
Y el «si puedes», que apenas lo profiere,
Se le heló con la vida en la garganta.

XV.

¡ La luna indiferente entonces muestra
Su disco ensangrentado,
Y una espantosa lividez siniestra
Echó sobre aquel cuadro desolado!

ESCENA VII.

Mal de muchas.

EL MÉDICO.— ROSAURA.

«¿Qué mal, doctor, la arrebató á la vida?
Rosaura preguntó con desconsuelo.
—Murió, dijo el doctor, de una caída.
—Pues ¿de dónde cayó?—Cayó del cielo.»

DEL SEÑOR

D. JOSÉ ANTONIO CALCAÑO.

LA NAVE.—SOBRE UNA TUMBA.
AMOR É INOCENCIA.—AL CATUCHE.—LA LUNA Y LA TARDE.
Á LA MUERTE.